

Ó madre, vuelvo á decir! ó madre la mas afligida y dolorosa!

Pero, ó hombres! ó pecadores! vosotros sois los que la tenéis tan dolorosa y afligida, porque haciéndoos indignos de las gracias de la redencion con vuestra insensibilidad é impenitencia, dobláis y reproducís á esta Señora sus pasadas congojas y amarguras. Y ¿qué, cristianos, seremos nosotros del número de estos hijos inhumanos? ¿Pensaremos en martirizar mas á esta Señora? Ved ahí que segun los santos designios de la Iglesia, vamos á entrar en la semana de los misterios mas augustos; semana sacrosanta, escogida por el Hijo de Dios para santificar al mundo entero; semana bendita, en que no deberíamos respirar mas que gracias y alabanzas al Señor; semana en fin, en que como hijos de María la deberíamos imitar en su afliccion, doliéndonos á ejemplo suyo de las miserias de las culpas, mucho mas que de las miserias de los trabajos temporales. Pero quién lo dijera? Segun los designios del mundo y de las gentes, ved ahí que vamos á entrar en la semana de los mayores excesos y delitos; en la semana de los sacrilegios y profanaciones mas horribles; semana en que para honrar la pureza de la Virgen, se trae á los templos el alma corrompida con toda la hediondez de la lujuria; para honrarla en sus penas, se trae el corazon embriagado de placeres; para imitarla en su humildad, se viene con todo el aparato de las modas, con todas las insignias de orgullo y con las cabezas llenas de locura y vanidad, en memoria de las crueles espinas que taladraron la de nuestro Redentor. Ah, cristianos! dónde está la fe? dónde la razon, dónde la humanidad? Es esto ser hijos devotos de María? ¿No es esto mas bien venir á insultarla con desvergüenza, y venirla á tratar con el último desprecio? ¿No es esto tener un corazon de fiera ó insensible? Confundámonos pues ya de nuestra ingratitud, acabemos con nuestra malicia é indolencia; no olvidemos los dolores de una madre tan angustiada y afligida: recibámosla desde hoy con afecto de hijos verdaderos, para que en la hora de la muerte como reina y madre nos reciba en los palacios eternos de su gloria. Amen.

SERMON.

NI LA MAYOR VIRTUD

NI LA MAS PERFECTA SANTIDAD

ESTÁN EXENTAS DE TRIBULACIONES.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DE GONZÁLEZ.)

Fecit Dominus quæ cogitavit, complevit sermonem suum, quem præceperat à diebus antiquis: destruxit, et non pepercit.

Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia ordenada desde los dias antiguos: destruyó y no perdonó.

Trenos de Jeremías, c. 2. v. 17.

Verdaderamente, Señor, que vuestros juicios son incomprendibles! El humilde cristiano los adora sin atreverse á profundizarlos, miéntras el orgulloso incrédulo los condena por querer someterlos al juicio de su débil razon. En lo mismo en que el primero halla los mas sólidos argumentos con que demostrar la existencia de vuestra universal justicia, de vuestra adorable providencia, descubre el segundo razones, que en su opinion son las mas evidentes para impugnar estos atributos de vuestra esencia.

Tales son, cristianos, los caminos del Señor en la distribucion de los bienes y males de este mundo. Este misterio es un escollo inevitable para el hombre destituido de la luz clarísima de la fe; un escollo en que por necesidad se estrella, se pierde su ciega razon. Porque ¿cómo ha de conciliar la desgracia del justo y la prosperidad del malvado con la infinita justicia de un

Dios, que dirige todos los acontecimientos del mundo? Un Job, un Josef, un Tobías..., todos estos y otros innumerables fueron pecadores desde el momento de su formacion, y aunque el Señor tuvo la generosidad de perdonarles la culpa, no estimó conveniente condonarles al mismo tiempo toda la pena. Por grandes que fuesen la calamidad y la desgracia de que se vieron oprimidos, en nada ofendian los derechos de la divina justicia, que seguramente no les imponia aún toda la pena merecida. Hay sin embargo una gran diferencia entre estos y María santísima. Esta Señora es la única entre todos los descendientes de Adan, que fué pura, santa, inmaculada en su concepcion; es una criatura singular y prodigiosa que en todo el discurso de su vida no cometió el mas leve pecado, porque en nada ofendió ni desagradó á su Dios; es la escogida desde la eternidad para el destino mas sublime, para la santidad mas completa, para la gloria mas elevada. Ahora bien ¿debiera ser justamente esta Señora el blanco de la adversidad; habia razon para sumergirla en el abismo mas profundo de dolor y amargura?

Sí, cristianos; á eso se dirige mi discurso, á conciliar los derechos de la justicia divina con los dolores de María, á la cual, si la sensibilidad de mi corazon no me lo impide, voy á presentaros fieramente atravesada del mas agudo cuchillo, penetrada del dolor mas vehemente, con especialidad en aquel terrible momento en que veía espirar á su divino Hijo en una cruz ignominiosa, y recibia su último suspiro.

Dignáos, afligida Señora, comunicarnos una parte de ese justísimo dolor, para que aprendamos á sufrir con resignación cristiana los trabajos con que nos regale la Providencia. *Ave María.*

Cuando los hijos del Zebedeo tuvieron la debilidad de pretender los primeros destinos en el reino de Jesucristo, les dió á entender este Dios de bondad y justicia, que la gloria á que ellos aspiraban, no se concedia sino á los que tuviesen toda la fortaleza necesaria para beber el cáliz amargo que á todos prepara la inexorable justicia del Padre celestial. De este pasaje podemos inferir con fundamento, que María ocupa el lugar mas elevado y glorioso en el reino de los cielos, puesto que excedió

á todos en aquella constancia con que agotó hasta las heces el amarguísimo cáliz, que bebió al mismo tiempo que su Hijo en la tierra.

No quisiera, cristianos, que acalorada la imaginacion con el recuerdo de los dolores de María, llegara á exaltarse en términos que me hiciera incurrir en el vicio de la exageracion, tan ajeno de este lugar santo, donde no debe resonar sino el idioma de la verdad en toda su pureza. Para evitarlo, me abstendré de hacer odiosas comparaciones entre las penas del Hijo y el sentimiento de la Madre: no llamaré vuestra atencion hácia la diferencia que hay entre el dolor sensible del cuerpo y la angustia mortal del espíritu; tampoco recordaré que la muerte dura un solo momento en el que la recibe, cuando en el que la presencia y sobrevive al difunto, con quien, por el amor que le profesaba, está en cierto modo identificado, es un prolongado martirio, porque se repite, se renueva en lo mas íntimo de su corazon cuantas veces le presenta á su memoria: nada de esto diré, sin embargo de que estas y cualesquiera otras reflexiones son incapaces de alterar en lo mas mínimo la verdad eterna que por boca de los profetas nos propone á Jesucristo como el mas atribulado de los hombres. Basta á mi intento demostrar que ninguna criatura ha sufrido tanto, ni puede ser comparada en sus penas con esta Madre vírgen.

Desde que el ambicioso Heródes, resuelto á destruir la inocente vida de su adorado Jesus, sacrificó con fiera inhumanidad todos los parvulitos de Belen y sus inmediaciones, sin que tantos sacrificios fueran suficientes á apagar la sed insaciable de sangre que devoraba á aquel monstruo; más aún, desde que el santo anciano Simeon le predijo la suerte que esperaba á aquel tierno infante que tenia en sus brazos, jamas dejó de herir su amantísimo corazon la penetrante espada que entónces le clavó. La muerte afrentosa de su amado estuvo desde aquel momento siempre fija en su alma; recuerdo que acibaraba todos sus placeres, llenaba de amargura todas sus delicias, convertia en insufribles penas los tiernos besos que aquel estamparia en sus mejillas. La prevision de un acontecimiento tan horroroso era un tormento insoportable, un continuado martirio, porque lo miraba como inevitable.

No cabe duda; aquella idea, que no podia apartar de su mente un solo momento, la atormentaba con exceso, pero aún no

se habia verificado lo que temia; y esto mitigaba algun tanto su afliccion, pues hasta que llega el fatal instante, se esfuerzan á borrar de la imaginacion su cruel idea la piedad, el amor, la propension que inspira la naturaleza. Al modo que el miserable reo, á quien apurados inútilmente todos los recursos, se le intimó la sentencia de muerte, ve los preparativos, oye la campana que designa la hora fatal, es colocado en el cadalso, sin que por eso deje de formar en su debilitada imaginacion vanas ilusiones de un indulto, ó de cualquier accidente raro é imprevisto que impida la ejecucion; así como el enfermo postrado en el lecho de la muerte, desahuciado de los médicos, destituido de todas las fuerzas, sin razon, sin sentido, sin movimiento, presta aún grandes esperanzas de vida al padre, á la esposa, al hijo, al amigo, que no consultan mas que á los anhelantes deseos de su corazon, por cuyo medio su dolor se mitiga, y no llega á sentir todo el lleno de la desgracia que está ya cayendo sobre ellos, hasta que viene el momento, aquel momento terrible en que reciben como de repente un golpe que ántes parecian haber despreciado, ven desaparecer á su vista todo género de esperanza, y se entregan sin el menor consuelo al dolor mas vehemente, prorumpiendo en gritos descompasados, ó quedando sumergidos en el mas profundo abatimiento; así la Madre del Dios que espira...

Pero, ó afligidísima Señora! ¿con que es indispensable que os recuerde una escena tan dolorosa? con que yo he de atravesar de nuevo vuestro tierno corazon? ¿con que he de presentar otra vez á vuestra vista tan horroroso espectáculo? Y me será á mí mismo posible?

Ay! no extrañéis, cristianos, que al tratar de delinearle, os dé un testimonio positivo de que soy hombre; que os manifieste mi sensibilidad; que os haga conocer prácticamente que mi corazon no es de bronce, ni de alguna fiera; no lo extrañéis; pues si me decido, es por verme precisado en virtud de un compromiso tal vez temerario. Lo referiré no obstante con la mas posible brevedad.

María, inseparable de la cruz afrentosa en que se hallaba inhumanamente clavado de piés y manos el Hijo de sus entrañas; María, fijos sus ojos en el amado de su corazon, veía abierto por todas partes su delicado cuerpo; veía correr en la mayor abundancia su preciosa sangre; veía extenderse por su

amable rostro la palidez y demas señales de muerte; veía adelantarse precipitadamente el fin de su vida; y despues de haberle oído encomendar su espíritu al eterno Padre, llega á percibir aquella esforzada y tremenda voz, con que manifiesta al mundo estar completamente acabada la obra portentosa para que habia sido enviado. Y cuando el sonido de estas aterradoras palabras la hacen volver en sí de aquella triste meditacion en que se hallaba, extiende su vista por todas partes, y descubre... Ay! Madre la mas afligida de todas las madres! qué objeto se presenta á vuestros ojos? Marías piadosas, ay! ay! qué circunstancia tan oportuna de ejecutar vuestra conocida piedad! jamas en vuestra vida habéis tenido otra semejante. Mirád que la muerte, esa furia implacable trata de sacrificar dos víctimas á la vez: al ejercer su furor en el inocentísimo Jesus, no dejará de extender su afilada guadaña, y descargar, si le es posible, el mismo golpe sobre su Madre santísima. Amado discípulo, si aún resuena en tus oídos el eco de esa lánguida voz con que tu espirante maestro te encomendaba el cuidado de su tierna madre, no te descuides: su triste situacion reclama imperiosamente tu piadoso celo. Corre, apresúrate á arrancar de ahí, de ese horroroso lugar á esa vírgen delicadísima, que se te acaba de dar por madre. No podrás hacer este pequeño sacrificio en su obsequio? ¿No te será posible al ménos usar algun disfraz, echar algun velo que le impida ver aquel espectáculo?

No hay arbitrio, no hay medio alguno de evitarlo: *fecit Dominus quæ cogitavit*: es indispensable que la serpiente infernal lance todo su veneno sobre la esforzada heroína, para que esta pise, destruya con su firme planta la erguida cerviz de aquel monstruo. *Complexit Dominus quæ præceperat à diebus antiquis*: cuatro mil años ántes habia dispuesto el Señor que pues la astucia del infierno consiguió seducir, esclavizar, hacer infeliz al hombre por medio de la debilidad de una mujer, sirviese de medio la heroica fortaleza de otra mujer, para triunfar de aquel astuto enemigo, destruir su imperio, devolver la libertad al hombre, y reponerle en la senda de la verdadera felicidad. La fortaleza heroica digo, sí; se necesitaba una fortaleza heroica, extraordinaria, la mayor de que fuera capaz la criatura.

Llegó el momento prefijado por la inexorable Providencia

para ejecutar la obra mas grande y estupenda del amor y de la misericordia divina; llegó el momento destinado para la mas lamentable y horrorosa catástrofe; llegó el momento en que el Señor había determinado salvar al género humano; y por eso *fecit quæ cogitavit*: hizo ejecutarlo por los medios que había adoptado su infinita sabiduría; puso por obra los adorables decretos de su providencia: *fecit quæ cogitavit: destruxit et non pepercit*.

Preparáos, madre afligida! preparáos, que es necesaria toda la fortaleza de vuestro espíritu, y tal vez no sea suficiente. Gran Dios! si sola la prevision de esta escena constituye á vuestro Hijo en tan mortal agonía que os veis precisado á enviar un ángel para que le conforte y conserve su vida, ¿cómo es posible que pueda soportar su presencia la mas delicada de las vírgenes, la mas amante de las madres? Enviád pues alguna de las Virtudes del cielo, para que sostenga á su esclarecida reina, y la ayude á recibir el desapiadado golpe que aparenta oprimirla.

El Señor se manifiesta sordo á mis súplicas, y aún parece acrecentar el horror de la situacion de María. Cuantos objetos la rodean en la tierra, como que conspiran contra ella obrando en oposicion á su naturaleza; el cielo se complace en abandonarla, y le arranca entre los mas tristes lamentos las expresiones, con que su moribundo Hijo se lamenta de su eterno Padre por el desamparo en que le deja. Pero ay! no solo el cielo la abandona: *destruxit et non pepercit*: el cielo justamente indignado descargó ya todo el peso de su infinita justicia; destruyó la obra mas grande que había salido de sus manos; acabó con la mas preciosa de las vidas. *Destruxit*; ya dejó de existir aquel por quien existe toda la naturaleza; y la naturaleza toda se contrista, se estremece, se horroriza, porque teme llegado su fin. Los astros celestes apagan su hermosa luz y sepultan en densas tinieblas al mundo, para robar á su vista el mas sensible y doloroso de todos los espectáculos. La tierra se conmueve, como si se desquiciara y pretendiera sepultarse en el abismo, por no poder soportar la horrorosa muerte de su hacedor. Los mas duros peñascos se parten, revientan con la vehemencia del sentimiento. En este caso ¿cuál seria la angustia, cuán agudo el tormento, cuán insoportable el martirio de María, que no pudiendo separar la vista de su amado, veía apagarse la brillan-

te luz de aquellos divinos ojos, enmudecer aquella lengua omnipotente, extenderse por su hermoso semblante la melancólica palidez de la muerte, caer lánguida é inmóvil sobre el pecho la cabeza, trasformarse en yerto cadáver aquel cuerpo, que el Espíritu santo había formado tan prodigiosamente? Ay! qué dolor! ya espiró el Criador del universo, y si el eterno Padre dispone que le sobreviva la madre, es sin duda para que sufra el martirio de una muerte, tanto mas cruel cuanto mas prolongada. Todo lo que descubren sus ojos, cuanto perciben sus sentidos, cuanto se ofrece á su imaginacion, todo, todo contribuye á aumentar su afliccion y desconsuelo. Por aquí se le presentan con la mayor viveza todas las virtudes y gracias de su amado, su obediencia suma, su piedad inimitable, su pureza superior á la de todos los ángeles, su amor mas abrasado que el de todos los serafines, su beneficencia, su sabiduría, su poder...; pero ay! nada de esto existe ya; solo queda el recuerdo, y este no sirve para otra cosa, que para despedazar inhumanamente el corazon de una madre que todo lo ha perdido. Por allí se ofrecen á su vista objetos que le recuerdan la ignominia, la fiereza, la inhumanidad, la injusticia de la sentencia; la desnudez, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz...; y las ideas que esto le suscita, son otros tantos agudísimos cuchillos que atraviesan sin cesar su inocente alma. Ya descubre en su imaginacion los ciegos, los mudos, los paráliticos, los endemoniados, los enfermos de toda especie curados por su misericordiosa mano; los desgraciados libres de sus miserias; los difuntos sacados por el imperio de su palabra del fétido sepulcro en que yacian; y aquel omnipotente Hijo, que tantos prodigios había obrado, ciego, mudo, inmóvil, difunto y sin esperanza alguna, porque nadie en el mundo era capaz de impedir lo que se había ejecutado por disposicion de la Providencia: *fecit quæ cogitavit*. Ya mira rasgado el velo del templo; oscurecida, convertida en ignominia su gloria; abolido su culto; terminada su esperanza; realizados la dispersion, el oprobio, la ruína de un pueblo, tan feliz y privilegiado hasta entónces; esparcida sobre la frente de aquellos monstruos y de todos los malos cristianos la sangre preciosísima del Redentor, no ya para lavar sus crímenes y apagar el fuego de la divina indignacion, sino para aumentar su responsabilidad y exigir de la divina justicia una venganza proporcionada al horrendo deicidio de aquellos y á

la sacrilega profanacion con que estos pisan aquella sangre adorable. Y ¿cómo podria resistir esta tierna madre á tan repetidos golpes, á tan crueles saetas, á tan agudos cuchillos, á tan penetrantes espadas, como hieren y despedazan su tierno y amable corazon con la mas inhumana fiereza?

Almas sensibles y piadosas, las que tan inmensos beneficios reportáis de la muerte del Salvador y de los dolores de su purísima madre, contemplád, contemplád atentamente la situacion tan crítica en que se encuentra esta Señora; ponéos en su lugar, y ved si podéis formaros alguna idea de su dolor, pues yo confieso que ni encuentro palabras para describirlo, ni me seria posible atendida la debilidad de mi espíritu. Vosotras debéis embotar tan fieros cuchillos; á vosotras toca mitigar su amarguísima situacion; vosotras estáis en el caso de proporcionarle algun consuelo contra tan insoportable afliccion, acompañándola, manifestándoos animadas de sus mismos sentimientos, oprimidas de su mismo dolor, y lamentando en lo íntimo de vuestro corazon, con igual sinceridad que la suya, la muerte de su Hijo y vuestro criador. Vosotras, ya que los malos cristianos tienen la bárbara inhumanidad de abandonarla, menospreciando los beneficios que á cada paso reciben del cielo, vosotras debéis confesar con ella, que todo, todo sin excepcion lo habéis recibido de su amantísimo Jesus; que sus disposiciones son siempre acertadas; que su providencia es justísima, santísima; que nada se hace que no esté decretado por ella desde la eternidad. Vosotras, solas vosotras debéis acompañarla; no el desventurado que aún arrastra las duras cadenas de la culpa, y cuya presencia le ocasiona un tormento mas agudo é insoponible que la muerte de su Hijo, como que reproduce, multiplicada en su interior los tormentos que han acabado su inocente vida. Vosotras debéis trasladar á vuestro corazon el amargo dolor de que está penetrado el suyo, detestando la culpa como el mayor de los males, persiguiéndola como el mas abominable de los monstruos, alejando de vosotras para siempre hasta su nombre, purificando cada vez mas vuestras almas con las abundantes lágrimas de una verdadera penitencia.

¡Qué poderoso, qué dulce lenitivo será este para el fiero dolor que experimenta! Vuestras lágrimas enjugarán las suyas; templará el suyo vuestro sentimiento; vuestra afliccion derramará un inefable consuelo en su alma. Verá entónces llena de

júbilo el copioso é interesante fruto que ha producido la afrentosa muerte de su Hijo, dando una vida feliz á vuestras almas. Esta satisfaccion, la mayor y mas deliciosa que puede gozar un alma justa, no solo no le permitirá fijar su atencion en la pérdida que ha sufrido, sino que le representará en cada una de vuestras almas el objeto mas grato y embelesador. Verá en ellas gloriosísimamente retratado á su amado Hijo, cuya vista la colmará de un consuelo, de un gozo incomparablemente superior al sentimiento que le causó su muerte; gozo que experimentaréis tambien vosotros, si verdaderamente habéis participado de su dolor. Amen.